

Ramón J. Sender
Viaje a la aldea del crimen
Documental de Casas Viejas

Prólogo de Antonio G. Maldonado

Índice

Primera edición en Libros del Asteroide, 2016

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del *copyright*, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, incluidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo públicos.

© Estate of Ramón J. Sender
© del prólogo, Antonio García Maldonado, 2016
© de esta edición, Libros del Asteroide S.L.U.

Publicado por Libros del Asteroide S.L.U.
Avió Plus Ultra, 23
08017 Barcelona
España
www.librosdelasteroide.com

ISBN: 978-84-16213-63-4
Depósito legal: B. 1.662-2016
Impreso por Reinbook S.L.
Impreso en España - Printed in Spain
Diseño de colección: Enric Jardí
Diseño de cubierta: Duró

Este libro ha sido impreso con un papel ahuesado, neutro y satinado de ochenta gramos, procedente de bosques correctamente gestionados y con celulosa 100 % libre de cloro, y ha sido compaginado con la tipografía Sabon en cuerpo 11.

PRÓLOGO DE ANTONIO G. MALDONADO	XI
VIAJE A LA ALDEA DEL CRIMEN	
Documental de Casas Viejas	I
En el avión postal.—Tiempo y velocidad.—Hemos ganado cuatro días.	7
El «Manué» de Jorge Borrow es hoy limpiabotas.—Fantasía de la calle de la Sierpe.	12
Una trola.—Táctica.—Comienza la política.	16
Segunda jornada.—Blanco y verde bajo la lluvia.	19
Un incidente en la fonda y paréntesis.—Los tres «procedimientos».—¿Y obreros? Obreros no hay.	22
Puede que vaya a ocurrir algo, pero María Mármol no dice nada.	25
Las casas viejas y las nuevas casas de Benalup.—Se oye el mar, como en Marruecos.—También, como allí...	28
El bandidaje y la lucha social en Andalucía.—Prevenir, precaver, presentir y prever son muchos verbos para un subsidio tan escaso.	33

El Sindicato. — El Comité. — «Subí a la loma y mira si andan los trenes». — El viejo come demasiado.	37	Noche cerrada. — Seisdedos no quiere parlamentar. — Intento de asalto.	92
Los Libertarios. — Opinión del viejo Seisdedos sobre el origen feudal de la propiedad. — Su nieta Mariquilla.	41	El viejo de la guerrera de rayadillo, muerto. — Más fuerzas. — Ametralladoras y bombas de mano.	95
Los propietarios son monárquicos, pero no de cualquier monarquía. — La inseguridad del ganado. — La huelga y sus peligros.	46	Vuelve el ataque. — La choza es un pequeño volcán. — Dos cabos de asalto, heridos. — El incendio.	99
Lo que son las zorreras. — El hambre y el odio convocan a asamblea el día 10, por la tarde.	51	Francisco Lago y su hija intentan huir. — Los otros siguen disparando. — Por fin...	102
La casa del Seisdedos después de cincuenta y cinco años de trabajo.	55	Las tropas en la plaza. — La orden de <i>razziar</i> la aldea.	105
Miedo en los «de abajo». — El guardia, el señor y el alcalde pedáneo. — Ayuntamiento, no hay.	60	El asesinato de Juan Silva González. — ¿Cómo quiere que entre, si me voy a quemar?	109
A medianoche. — Seisdedos y la disciplina. — Se trabaja en la carretera. — Asamblea.	63	Lo que dicen las madres de esos cuatro campesinos.	111
Los guardias no acatan el nuevo régimen. — Tres horas para decidir. — Con las «primeras luses, los primeros tiros».	69	Un campesino enfermo a quien invitaron a sentarse y dos de pie.	114
La Guardia Civil bate al destacamento de la carretera y lleva la noticia a Medina. — El teléfono funciona.	74	Algunas palabras de los familiares de esas tres víctimas.	118
El «comunismo». — Dudas sobre la propiedad. — Se incautan de una tienda, pero...	78	Sigue la <i>razzia</i> , y la cuentan los mismos campesinos.	121
Un campesino muerto y otro herido. — Despliegue de fuerzas.	82	Después de los fusilamientos. — Sol sobre la choza.	124
Dentro de la choza. — Cuatro hombres, tres mujeres y un chaval de diez años. — «Esto está perdido.»	86	Patriotismo y «haber»es. — Vítores en la plaza. — El forense.	128
		Las mujeres no lloran. — Siguen las detenciones.	132
		Al monte. — La angustia de Ronda.	135
		Algunos nombres. — El fracaso. — Un error en la escala.	138

«Van a bombardear el campo».—La segunda noche.	141
Los propietarios creen haber ganado una batalla.	145
Entre el terror va filtrándose la ley.—Los «tres procedimientos».	148
Una vieja teoría respecto al delito.—Filosofía mural en verso.	151
El temor de que nos enteráramos.—Primeras argucias.	154
En la posada.—Segunda parte de la ofensiva.	157
La Guardia Civil nos ruega que salgamos del pueblo.	159
No hay quien nos lleve, y nos quedamos a dormir —y dormimos perfectamente— en la posada.	161
Diálogo con María Mármol al volver a Medina Sidonia.	164
De la cárcel a la alcazaba.—La cárcel.—El vino y la «disciplina».	167
«Er señó directó y la disciplina».—Declaración de María Silva, la Libertaria.	171
En Sevilla.—Un señorito malasombra.—Los bandidos.	173
Dos recortes de <i>El Liberal</i> , que pueden ser todo lo elocuentes que se quiera.	177
Regreso a Madrid.—Pleito parlamentario entre verdugos.	184

Prólogo

Casas Viejas, la aldea donde la Segunda República perdió la inocencia

La historiografía nos dice, cargada de razones, que la caída de la Segunda República tras el golpe de Estado del 18 de julio de 1936 y la guerra civil que duró hasta 1939 tuvo unas causas de fondo cuyo origen último se remontaría siglos en nuestra historia, agravadas por un contexto europeo de extrema complejidad, con el ascenso de los fascismos y la polarización política en el continente que poco después padecería la guerra más mortífera de la historia. La Iglesia, gran parte del Ejército, los terratenientes, los banqueros, los industriales, los monárquicos: la República tuvo, desde el primer momento de su proclamación en abril de 1931, enemigos demasiado poderosos para sobrevivir, o al menos para vivir sin sobresaltos.

En este escenario de frágiles equilibrios, nada ocurría sin que trascendiera. Todo era susceptible de convertirse en un arma política arrojadiza; generalmente contra el nuevo régimen republicano, que con tantos enemigos al acecho cometió un ominoso pecado original en Casas Viejas, una pedanía de Medina Sidonia (Cádiz) de unos

dos mil habitantes, a principios de enero de 1933, cuando durante la madrugada del 10, un grupo de anarcosindicalistas, creyendo formar parte de un levantamiento anarquista en todo el país, asaltó el cuartel de la Guardia Civil y declaró el comunismo libertario después de herir a dos guardias, a uno de ellos de muerte.

Los que llegaron al pueblo pocas horas después no fueron los refuerzos de sus compañeros anarcosindicalistas de Jerez, como esperaban, sino guardias civiles y de asalto (el cuerpo que Azaña había creado por su falta de confianza en la benemérita) con órdenes terminantes de sofocar el estallido, «sin prisioneros ni heridos», según declararían algunos de ellos. Las fuerzas de seguridad tomaron Casas Viejas y, utilizando la intimidación y la violencia, consiguieron los nombres de los habitantes con declaradas simpatías anarquistas. Ante este hecho, los rebeldes se refugiaron en la choza de Seisdedos, un carbonero de setenta y dos años señalado como uno de los cabecillas del levantamiento.

El acoso a la casucha fue brutal. Durante el mismo murió un guardia de asalto. Por la noche, el acoso continuó con granadas, rifles y una ametralladora. Más tarde llegaría el capitán Rojas con cuarenta guardias de asalto y la orden verbal, según su versión, de «abrir fuego sin piedad contra todos los que dispararan contra las tropas» que le había transmitido el director general de seguridad, Alberto Menéndez. En vista de la resistencia de los amotinados, Rojas ordenó incendiar la choza para provocar la espantada. Finalmente serían ocho los muertos en el interior de la casa en esa primera jornada de la *razzia* con la que Rojas quiso dar un escarmiento ejemplarizante. La masacre continuaría con el ajusticia-

miento de media docena más de habitantes señalados que habían sido hechos prisioneros y llevados ante los rescoldos de la choza de Seisdedos. Fueron asesinados a sangre fría cuando se encontraban aprehendidos y desarmados.

El conato de rebelión anarcosindicalista y, sobre todo, su cruel aplastamiento por la Guardia de Asalto y la Guardia Civil ofrecieron la excusa idónea para que la oposición comenzara una ofensiva parlamentaria y extraparlamentaria que, a la postre, contribuiría a desprestigiar y acabar con el gobierno republicano-socialista que presidía Manuel Azaña y a la ascensión al poder de la CEDA y otros grupos de derecha de lealtad más que dudosa hacia la República. El caso Casas Viejas es, por eso, un hecho capital en la historia española reciente. En la propia insurrección, en el sofoco de la misma y en las reacciones políticas que provocó se expusieron sangrientamente todas las patologías sociales e históricas que la joven república trataba de corregir. El hambre y la miseria en gran parte del país, sobre todo en Andalucía; el abuso y el capricho de una autoridad alejada de esa realidad miserable; la polarización extrema de los posicionamientos políticos; la insolidaridad criminal de los terratenientes. Casas Viejas era, en enero de 1933, una miniatura de España, un *aleph* donde las dinámicas perversas que conducían a nuestro país al desastre se evidenciaban con una claridad trágica.

Ramón J. Sender acude al lugar

Pocos días después de los hechos, y ante los rumores de que la fuerza pública había asesinado a varios vecinos

de Casas Viejas por su supuesta participación en el levantamiento, los diarios comenzarían a prestar atención al caso y a enviar periodistas al pueblo gaditano. Debían averiguar qué había de cierto en las acusaciones que se vertían contra las autoridades de Madrid, señaladas como responsables directas, no solo políticas, de la veintena de muertes supuestamente ordenadas por el director general de seguridad al capitán de la Guardia de Asalto Manuel Rojas, encargado de restablecer el orden. Era un asunto políticamente explosivo.

Uno de esos enviados especiales fue Ramón J. Sender, que pese a su juventud —contaba entonces treinta y dos años— era ya un autor de éxito. En 1930 había publicado la popular *Imán*, novela en la que describió la guerra de Marruecos, donde luchó como soldado. Poco después, en 1932, le seguirían, entre otros libros, *Orden Público* y *Siete domingos rojos*, ambos de claro contenido político y simpatizantes con el movimiento anarquista. Aunque también era conocido por sus heterogéneas colaboraciones periodísticas en medios como *El Sol*, *Solidaridad Obrera* o *La Libertad*, diario este último para el que escribió las crónicas sobre Casas Viejas que forman la espina dorsal de este libro.

Pese a sus orígenes en una familia acomodada de Huesca, el periodista que llegó a Casas Viejas no era un observador con simpatías hacia la autoridad. Era un republicano que había mostrado ya su desencanto con el nuevo régimen, de izquierda, con ideas anarquistas que mudaban entonces hacia el comunismo por el carácter pragmático de estos frente al idealismo de los primeros. Tanto en su literatura como en su obra periodística había privilegiado la denuncia política y social por encima de

consideraciones estéticas, aunque sin descuidar estas últimas. Casas Viejas era, por tanto, un lugar idóneo para contrastar todas sus creencias, para reafirmarse en algunas y para abjurar de otras. Y un reto literario y periodístico por la relevancia del asunto y por la maestría que se requería para contar una historia tan dramática y que las autoridades trataban de ocultar. En cualquier caso, no solo en la vida política española habría un antes y un después de los sucesos de este pueblo gaditano; también lo habría en la vida y en el pensamiento político de Sender.

Las crónicas

La primera crónica sobre Casas Viejas en *La Libertad* aparece el 19 de enero. Seguirían otras nueve, más cinco que serían publicadas tras regresar de un viaje a la URSS del que salieron sus libros *Madrid-Moscú* y *Carta de Moscú sobre el amor*. La publicación de sus primeras diez crónicas, junto con las denuncias de otros periodistas, habían sumido al país en una grave crisis política. En el Congreso se debatían mociones de confianza al Gobierno, que por boca de su presidente se reafirmaba en la corrección de la actuación institucional: «En Casas Viejas no ha ocurrido sino lo que tenía que ocurrir». Pese a ello, el parlamento aprobó la formación de una comisión de investigación sobre los sucesos y varios diputados acudieron al pueblo gaditano para recabar testimonios. Abrumado por el revuelo causado por el caso, y refiriéndose tácitamente a las crónicas de Sender, Azaña pidió no creer en «relatos más o menos realistas». Sender aprovecharía la información recopilada por la comisión parlamentaria y el posterior juicio al

capitán Rojas para retocar sus crónicas sobre el terreno, reestructurar el libro y publicar, en 1934 en la editorial Pueyo, el presente *Viaje a la aldea del crimen*.

Pero ¿qué había contado Sender que fuera tan escandaloso? Su denuncia tenía dos vertientes. Por un lado, el retrato inicial que hizo de la miseria del campo andaluz fue demoledor, con escenas que se trasladan a diálogos y frases contundentes, que siempre encuentran culpable no tanto al duque de Medinaceli, que mantiene treinta y tres mil hectáreas ociosas, como en una República que en casi dos años de gobierno no ha hecho nada por remediar el problema con una reforma agraria profunda. «Estos hombres están condenados, como en ninguna otra región de España, a la hurañía, al aislamiento, a una triste soledad con su miseria.» La visita causó en Sender gran impresión: «Aquí hay un hambre cetrina y rencorosa, de perro vagabundo», «después de ver a estos hombres da vergüenza comer».

Tras observar la realidad del hambre en Andalucía, el desencanto de Sender con la República se hizo irreversible: «Antes de venir a Casas Viejas me parecía absurda esa leyenda de los salteadores humanitarios. Hoy lo considero un fenómeno obligado». El levantamiento anarquista es una necesidad. La República lo ha hecho inevitable con su inacción. Incluso, la República ha agravado el problema con la ley que prohíbe contratar jornaleros de otros pueblos. Refiriéndose a uno de ellos, Sender señala y denuncia que «la ley que le impedía ir últimamente a trabajar “donde lo hubiera”, confinó a él y a otros muchos todo el invierno en un pueblo sin vida». Se mueren de hambre, están humillados y, además, «saben que hay en el pueblo tres guardias y un sargento».

Aun siendo esta denuncia implacable, la pobreza era generalizada en España, sobre todo en la rural. Ese atraso secular fue una de las razones que más abonaron el terreno para un cambio del régimen monárquico por una república que, en el campo, se asociaba casi exclusivamente con la reforma agraria. «Monarquía o República es cosa que en el campo andaluz tiene poquísima importancia», escribió. Lo realmente explosivo de su relato era no tanto la decepción reformista republicana como la descripción del comportamiento de los guardias de asalto, la Guardia Civil y demás autoridades encargadas de sofocar el levantamiento. La cadena de mando al completo se comportó de forma criminal. Unos al ordenar que no dejaran heridos ni prisioneros, otros al asesinar con vesania a detenidos indefensos como castigo ejemplarizante, y los últimos al justificar políticamente estas actuaciones. La República, el nuevo régimen que debía traer libertades, tierra y prosperidad, ejecutaba sumariamente a los miserables jornaleros.

Un western andaluz

En *Viaje a la aldea del crimen* hay poca artificiosidad literaria. El estilo es directo y realista, con abundantes diálogos marcados por el intento de transcribir literalmente la forma de hablar de los habitantes del lugar. Su viaje al sur se le antoja desde el principio ingrato y duro: «Avanzamos hacia Andalucía. Vamos al sur. En los viajes deprime un poco la ruta hacia el sur. Estimula y alienta, en cambio, el camino al norte». No obstante esta falta de artificios, Sender comienza con un juego literario espacio-temporal que le «permite» presenciar

los hechos. Su vuelo desde Madrid hasta Sevilla es tan veloz que consigue «ganar» cuatro días, hasta el 10 de enero, y convertirse en observador, más que en un periodista que reconstruye los hechos con estilo gacetero. Es, por eso, un libro que puede enmarcarse en lo que décadas después se conocería como «nuevo periodismo», y que en España practicaron ya en los años treinta del pasado siglo el propio Sender, Gazieli o Manuel Chaves Nogales de forma magistral.

Sender llegó a Casas Viejas como un forastero a un pueblo del *Far West* atizado por la miseria, el silencio y el miedo; por una atmósfera viciada cuyos males irá descubriendo en párrafos marcados por opiniones contundentes, datos históricos y descripciones antropológicas que muestran una tierra hambrienta y abandonada, donde hay arquetipos que juegan papeles contrarios frente a un orden social y legal que trata de imponerse. El villano: en este caso, el etéreo duque de Medinaceli con sus tierras improductivas, además de las fuerzas de orden público; las víctimas: sin duda los jornaleros hambrientos; el héroe que se sacrifica por la comunidad: el carbonero Seisdedos. Sender transmite en su relato tensión contenida, falsa calma, como en un bar del Oeste cuando entraba un bravucón pistolero a pedir un whisky con la mano cerca de la funda del revólver. Intuimos que habrá muchos tiros. «Lo peor está en los factores de orden psicológico, que son creados por esa situación y que determinan un estado constante de alarma», escribe. «Su silencio era historia viva.»

Y hubo tiros. Los disparos para asaltar el cuartel de la Guardia Civil fueron los primeros, y luego seguirán, tras diálogos angustiados entre los insurgentes y algu-

nos pobladores, los de la choza de Seisdedos. Reina la confusión. ¿Está cortada la línea telefónica? ¿Vienen los refuerzos de la comarcal anarcosindicalista de Jerez? La defensa épica de la choza culmina en masacre. «Los campesinos que habían soñado durante cuarenta y ocho horas con la posesión de la tierra salían de lo hondo de sus chozas con un desaliento trágico (...) su rencor todavía con olor de sangre.» El orden se ha restablecido, al menos momentáneamente. No tardarían en llegar a Madrid los rumores primero y las denuncias públicas después sobre el salvaje comportamiento de las fuerzas de orden público en Casas Viejas. En Andalucía «las autoridades republicanas burguesas están al servicio de los viejos señores y son sus fieles esclavos», escribe.

Los últimos capítulos contienen más opiniones indignadas y muestran claramente el posicionamiento político de Sender. Su denuncia sin paliativos de la situación del campo andaluz, las simpatías hacia los rebeldes y sus duras críticas al gobierno republicano-socialista le sitúan ya, en 1933 y 1934, en un descreimiento sin vuelta atrás que fue generalizado en grandes sectores de la izquierda española, grupos que, en 1931, habían recibido con euforia el nuevo régimen republicano. Además, la dureza de la experiencia gaditana contribuye a acentuar la cercanía de Sender con los pragmáticos comunistas.

Influencia en la historiografía

El interés de *Viaje a la aldea del crimen* es, por tanto, diverso. Como pieza periodística debe figurar en lugar prominente como una interesante muestra de perio-

dismo narrativo español. Independientemente de lo equivocado de algunos datos (Seisdedos nunca fue tan determinante), o lo injustas que, al calor de hechos o documentos que se han conocido con el paso de los años, puedan resultar sus críticas al gobierno republicano, este libro tuvo, como hemos comentado, una trascendencia política inaudita. Relevancia que se extendió a la historiografía, que dio por válidos los puntos de vista de Sender. La derecha franquista estaba encantada con refrendar un relato que era un particular *J'accuse* contra el demonizado Azaña y el régimen republicano. Figuras como Federica Montseny, hispanistas como Gerald Brenan o Gabriel Jackson, o historiadores como Eric Hobsbawm, también avalaron estas tesis. Una versión que solo al morir Franco y comenzar un paulatino rescate del pensamiento y la obra del proscrito Azaña pudo ser rebatida.

Especialmente relevante fue la aparición de sus *Cuadernos robados*, sus diarios de 1932 y 1933. En ellos queda claro que Azaña no ordenó matar, ni conocía los asesinatos cuando compareció en el parlamento para defender la actuación de las fuerzas de orden público. Dada la trascendencia de los sucesos de Casas Viejas en la construcción del relato golpista, estas páginas debían permanecer ocultas, y de ello bien se encargó el nuevo régimen y posteriormente, tras la muerte de Franco, la familia del dictador. El autor de *Crónica del alba* murió en San Diego, Estados Unidos, en 1982, quince años antes de que se publicaran estos diarios robados.

Sender tuvo razón en su denuncia de los hechos, pero se equivocó al señalar a los responsables, con unas consecuencias políticas insospechadas. El autor había es-

crito no solo un primoroso reportaje, sino también una exitosa carta de defunción de una Segunda República que debía lidiar, además de con sus detractores de primera hora, con los más recientes desencantados.

ANTONIO G. MALDONADO

Viaje a la aldea del crimen
Documental de Casas Viejas

«No ha ocurrido sino lo que tenía que ocurrir.»
(Palabras del jefe del Gobierno)

«Doy a las fuerzas media hora para que sofoquen el
movimiento.»
(Del ministro de Gobernación)

«No quiero heridos ni prisioneros.»
(Director de Orden Público)

«Paso corto, vista larga y mala intención.»
(Lema de la Guardia Civil)

Estos sucesos ocurrieron en la aldea de Casas Viejas, municipio de Medina Sidonia, provincia de Cádiz, en los días 10, 11 y 12 de enero de 1933, siendo jefe del Gobierno Manuel Azaña, ministro de Gobernación Casares Quiroga y director de Orden Público Menéndez.

En el avión postal.—Tiempo y velocidad.—Hemos ganado cuatro días.

Lo que salva al viajero del trimotor es el zumbido de los motores. El alma del acero canta en los nervios del que viaja. Cinco minutos después de oír esa canción se olvida la sensación del autobús, del vagón —imágenes de gravedad contra este milagro de estar en el aire—, y se contempla el paisaje, que va dejando de serlo para convertirse en mapa. De chicos hubiéramos aprendido la geografía —hidrografía, orografía, cuencas y alturas— por este sistema del avión, maravillosamente, lejos del rencor azul o violáceo de los atlas.

Por la ventanilla van desfilando las estepas ocre de la Mancha. Un minuto vuelve aún el recelo: «¡Qué seguro estaba Don Quijote en la silla de *Rocinante* y hasta en las aspas del molino!». Pero en seguida también otra reflexión: «Si hubiera podido volar, como nosotros, su imaginación no hubiera ido tan lejos. Basta con que vuele el cuerpo». Y, sin embargo, es posible esto de volar dentro del vuelo material. Se puede volar entre los cristales del avión como una mosca. Cuando la imaginación del siglo XVII se ha hecho técnica —avión—, todavía la imaginación puede escapar en busca de metas

nuevas. Cuando el paisaje se ha hecho mapa, a mil metros de altura, todavía podría hacerse esfera a cien mil metros. Sí. Se puede volar dentro del avión, bajo el alegre zumbido de los motores. Se puede soñar dentro del sueño. Soñar que se sueña. El mapa desfila hacia atrás más despacio. Volamos más alto cada vez. Cuanto más altos, la sensación de velocidad se atenúa más. Y, sin embargo, debemos ir más deprisa, porque la atmósfera es menos densa, la sustentación y la estabilidad más fáciles, y también porque la línea que describe el avión en su ruta es más recta, menos pegada a la curvatura del horizonte, menos paralela a la curva de la superficie.

Por abajo desfilan los campos de Illescas. ¿Dónde estarán aquellas dos chicas infanzonas de la belleza absoluta? Tenían una belleza valiente. La virilidad de los aristócratas españoles se ha refugiado en sus mujeres, en sus hijas. Solo en ellas la aristocracia no es decadente. Y Toledo. Estamos sobre el Tajo. Abajo, Orgaz. Como no recordamos ninguna toledana, la indiferencia por esa escombrera oscura es total. Avanzamos hacia Andalucía. Vamos al sur. En los viajes deprime un poco la ruta hacia el sur. Estimula y alienta, en cambio, el camino del norte. ¿Tendremos algo de brújulas, de agujas imantadas? Sur, tierra caliente, languidez, sudor y ensueño. En los trópicos, la vida es más rápida y el pensamiento más confuso. Se descompone con facilidad. Queremos rapidez para caminar, no para vivir. Y diafanidad y temperatura constante e invariable en el pensamiento. Ciudad Real, Almadén, Puertollano. Minas y mineros. Cimas negras de carbón y lentos hormigueros de explotación y de miseria. Llevamos algo más de una hora de viaje y hemos hecho la mitad del camino. Ante el mapa de ruta

volvemos a adquirir conciencia de la velocidad. El mapa en la mano derecha y el reloj en la izquierda, bajo el zumbido de los motores, resumen todas las ciencias posibles, todas las abstracciones. Y encima, el caliente azul soleado.

Tiempo y velocidad. Dos conceptos inseparables y en lucha. Si pudiéramos acelerar la velocidad, aumentar las pulsaciones de los motores hasta alcanzar un ritmo suficiente, venceríamos al tiempo. No solo al de los relojes, sino al de la Luna y el Sol. Si pudiéramos en este avión dar la vuelta al planeta en menos de veinticuatro horas —aunque solo fuera en veintitrés horas cincuenta y cinco minutos—, al cabo de varias vueltas en dirección opuesta al Sol, le habríamos ganado al tiempo una hora, y siguiendo así podríamos retroceder algunos días y hasta años. La biología no es fiel al tiempo abstracto; si no, podríamos incluso volver a la infancia. Pero ya hemos dicho que se puede volar en el vuelo —y no solo como la mosca, entre los cristales del avión— y soñar en el sueño. Entre Córdoba y Lora del Río, recién salvada la sierra de Almadén, podemos soñar lo que nos plazca. No se ponen límites al ensueño, como al equipaje. Quizá la imaginación de los viajeros cuente algo en la ingravidez del avión. Adormecidos en la butaca pensamos que el avión logra alcanzar esa velocidad milagrosa. Que nos hemos separado de la ruta y marchamos hacia Oriente. La velocidad amenaza incendiar las cabinas por el roce con el aire, como sucede con los aerolitos. Quizá hemos dado ya una vuelta al planeta y vamos por la segunda o la tercera. Así transcurre la última hora de viaje. Ha podido ser, en lugar de una hora, un año, porque nos hemos dormido de veras. La sensación de des-

censo nos despierta. Hemos llegado. Estamos en Sevilla. ¿Cuántas vueltas hemos dado al planeta? ¿Qué tiempo hemos ganado? Alguien dice casualmente una palabra, y otro la repite. Unos empleados firman en unos papeles:

—Cuatro.

¿Habremos ganado cuatro días al tiempo? Eso queríamos nosotros, por lo menos, para llegar a Medina Sidonia y a Casas Viejas con tiempo para presenciar lo que ha sucedido ya. Al salir, un calendario nos da la razón en la consigna. Hemos llegado cuatro días antes.

Salimos del aeródromo en un automóvil. ¿Estamos en Sevilla? ¿No habremos ido a parar a Sumatra o a Ceylán? Tantas vueltas al mundo han podido despistar a los pilotos. Pregunto al chófer si hay noticias de Medina Sidonia. El chófer, ajeno al ensueño de la lucha con el tiempo, replica con vivacidad:

—¿Noticias de Medina Sidonia? Allí no ocurre nunca ná. Si preguntara usted siquiera por el Puerto de Santa María...

El chófer es de esta última ciudad, y quisiera que todo el mundo se interesara por ella. Pero todavía no puedo asegurar que esté en Sevilla. ¿Estamos, efectivamente, en Tablada? ¿Cerca de Sevilla? El chófer va apretando el acelerador y nos deslizamos con rapidez. De pronto vuelve la cabeza a medias, guiña un ojo, señala hacia el asfalto adelantando la mandíbula y aprieta más el acelerador:

—¡Podridita que está la carretera!

Estamos en Sevilla. ¿Y el tiempo?

El tiempo no cuenta en Sevilla. ¿Y la velocidad? Tiempo, velocidad y espacio las lleva el chófer junto al

volante, en unas esferas con inquietas agujas negras. Y apenas le han servido para un gesto de suficiencia. La carretera no está podrida, ni mucho menos.

El «Manué» de Jorge Borrow es hoy limpiabotas.—Fantasía de la calle de la Sierpe.

Dice Borrow en el tercer tomo (página 204) de *La Biblia en España*: «Los andaluces de clase alta son probablemente, en términos generales, los seres más necios y vanos de la especie humana, sin otros gustos que los goces sensuales, la ostentación en el vestir y las conversaciones obscenas. Su insolencia solo tiene igual en su bajeza, y su prodigalidad, en su avaricia. Un andaluz descubrí yo, sin embargo, a quien proclamo sin vacilar como el carácter más extraordinario que he conocido. Pero no era un retoño de una familia noble, ni portador de suaves vestidos, ni personaje lustroso y perfumado, ni uno de los románticos que vagaban por las calles de Sevilla adoptando actitudes lánguidas, con largas mechas negras que les llegaban hasta los hombros, sino uno de aquellos a quienes los orgullosos y duros de corazón llaman la hez del populacho. Un hombre miserable, sin casa, sin dinero, harapiento, destrozado. Aludo a “Manué”, a quien no sé por qué oficio nombrar: si vendedor de lotería, o auriga del carro de los muertos, o poeta en poesía gitana. Maravilla será que aún estés vivo, amigo “Manué”. Tú, de condición natural tan

noble, honrado, de corazón puro, humilde, pero digno, ¿vagas aún por las calles de Safacoro (Sevilla, en caló) o por la margen del Len Baro (Guadalquivir)? O quizá descansas ya fuera de la Puerta de Jerez, en el campo-santo adonde, en tiempo de epidemias, acostumbabas llevar a tantos en tu carro. Muchas veces, en las reuniones de los sabios, he recordado tu sencilla sabiduría. ¡Y cuántas veces, al meditar en la muerte que se aproxima cada día, he deseado poder reunirme contigo otra vez y que tus manos ayuden a llevarme allá, a la soleada planicie!» Esto dice Borrow. «Manué» asoma a menudo en la vida sevillana. Tiene sobre el de 1830 una condición: la fantasía. Su sabiduría, que Borrow recordaba entre los sabios, ha ido admitiendo el barroquismo de un tiempo confuso, y, en lugar de mover la cabeza con melancolía para decir una sentencia, gusta de trazar arabescos en el aire. Es limpiabotas. Estamos sentados en la terraza de un bar ante dos vasos de vino. Hablamos de cosas simples.

—¿Cómo es —le pregunto— que, siendo tan supersticiosos en Sevilla, a la calle principal la llaman calle de la Sierpe?

«Manué», en lugar de aclarar la duda, contesta con otra pregunta:

—¿No sabe usted de dónde viene el nombre?

Y lo explica:

—Una vez, cuando la ma llegaba hasta la Puerta Jeré... —esto hace pero que muchísimos años—, salieron dos marineros a dar un paseo en una barquilla...

Iban hablando y paseando cuando, cansados de remar, se acercaron a una roca que emergía del agua, y saltaron a ella. Amarraron la barca y se sentaron a liar un ciga-

ro. Hablaban y fumaban. Uno de ellos dejaba el cigarro en la roca. Cuando el fuego fue avanzando hasta dar en ella sintieron una gran sacudida, y fueron lanzados al agua. Lucharon con las olas y de pronto se vieron atacados por una formidable serpiente, que era, en realidad, sobre lo que habían estado descansando. La serpiente los mató, y días después fue muerta por la compañía de Marina y sacada a tierra. La llevaron en procesión, a la Macarena, y en memoria de ese episodio le pusieron a la calle principal «calle de la Sierpe».

A «Manué» le parecía muy bien, porque, como el de Borrow, era creyente todavía. O quizá le quedaba, de limpiar las botas a los señoritos de la calle de la Sierpe, cierto servilismo supersticioso y la necesidad de mentir para divertir. El caso es que ponía una gran fe en su relato. «Manué», «hez de la ciudad», según las personas importantes, llevaba su fantasía como una máscara para disfrazar quizá la «sencilla sabiduría» del que en 1830 enterraba a los muertos del tifus.

Después del relato me dijo que no era de la ciudad, sino de la Sierra, y que había ido allá porque el campo «estaba muy malo».

—¿Lo pasa usted mejor aquí?

—¡Qué quiere usted! Trabajo es lo que hace falta, y que corra el dinero. Porque la vida, allí o aquí, en todas partes es igual.

Le pregunté si estaba en alguna organización obrera, y habló mal de «los del puerto» y de los libertarios. Y repetía que la vida es igual en todas partes. Salvo en «Sanluca». Sanlúcar tenía para él un extraño atractivo. Mar azul, tranquilidad y sosiego. Este «Manué» tiene solo veinticinco años, y parece un viejo. Vive al margen

de la lucha de clases. Tiene algo decadente y aristocrático en sus maneras. Es el «Manué» de Borrow, tan elogiado por el misionero protestante, traducido con singular amor por el presidente del Consejo de Ministros, Sr. Azaña.